

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. M. L.

Los hombres, en su vida, se ven obligados a cumplir con deberes de justicia, de caridad y de patriotismo. Estos deberes son los que forman el carácter de un hombre y le hacen digno de ser considerado como un ciudadano. El deber es la base de la moral y el fundamento de la ley. Sin el deber, no habría orden ni justicia en el mundo. Por lo tanto, es necesario que cada uno de nosotros se esfuerce por cumplir con sus deberes y así contribuir al bienestar de nuestra sociedad.

DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE NIÑAS
DE MONTERREY, LA NOCHE DEL 14 DE OCTUBRE
DE 1885.



DISCURSO

Para nadie es un misterio, Señores, el estado de decadencia en que se encuentra todo el país. Recorrido de Sur á Norte y de un mar á otro mar, y en las ciudades y los campos, en las aldeas y en las haciendas, escucharéis las mismas quejas y seréis testigos de los mismos lamentos. Ya no son simplemente ardidés de comerciantes, que para medrar más ponderan lo triste de la situación. Los males son reales y verdaderos, comprenden á todas las clases de la sociedad, han envuelto igualmente á ricos y á pobres, á nacionales y extranjeros, á individuos arraigados hace años en la República y á forasteros recién establecidos. No es extraño que las consecuencias de tan crítica situación se hayan sentido aun en las escuelas y en los colegios. No hablaré de los establecimientos del gobier-



PARA nadie es un misterio, Señores, el estado de decadencia en que se encuentra todo el país. Recorrido de Sur á Norte y de un mar á otro mar, y en las ciudades y los campos, en las aldeas y en las haciendas, escucharéis las mismas quejas y seréis testigos de los mismos lamentos. Ya no son simplemente ardidés de comerciantes, que para medrar más ponderan lo triste de la situación. Los males son reales y verdaderos, comprenden á todas las clases de la sociedad, han envuelto igualmente á ricos y á pobres, á nacionales y extranjeros, á individuos arraigados hace años en la República y á forasteros recién establecidos.

No es extraño que las consecuencias de tan crítica situación se hayan sentido aun en las escuelas y en los colegios. No hablaré de los establecimientos del gobier-

no, cuyos profesores afligidos con las economías del erario, se ven obligados á su turno á hacer *economías* de puntualidad, de empeño y trabajo. Me refiero aun á los liceos independientes, cuya subsistencia estriba sólo en el patrocinio de las familias particulares. Hallándose éstas más ó menos empobrecidas, el número de alumnos y alumnas necesariamente disminuyè, y los que quedan asisten á las aulas con menos puntualidad y se retiran antes de haber terminado su *curriculum*. Esto mengua el entusiasmo de los discípulos primero, y de los maestros después; y resulta que aun en estos *huertos cerrados*, que parece deberían estar al abrigo de los vendavales del mundo, se sienten vivamente y causan estragos las tormentas que rugen en derredor.

Lo singular de mi situación con respecto á esta diócesi, me ha convertido en huésped en mi propia casa, y no puedo saber á punto fijo lo que durante el año que va á terminar ha pasado en los establecimientos de esta ciudad, ya sean de la Iglesia, ya del Gobierno, ya de particulares. Pero sí me ha extrañado el oír, como nunca, lamentos acerca de la decadencia de la educación femenil en general; lamentos que no se escuchaban hace dos años en medio de aquel movimiento y de aquel entusiasmo que trajo la inauguración de los ferrocarriles. Aun en el informe de la Directora que acabamos de oír, me parece traslucir algo de ese desánimo general, y de cierto, el número de alumnas que así en la clase superior como en la escuela llamada de gracia he encontrado en este Colegio, se me figura que es inferior al de los años pasados. ¡Parece increíble que aun aquí se refleje el malestar universal!

Voy á aventurar una conjetura. La Providencia divina permite que aun de los mayores males resulten bienes; y si no debemos alegrarnos nunca de los primeros, sí conviene contentarnos con las ventajas que á veces procuran. Así es que donde reina (como por desgracia entre nosotros) la indiferencia y la dejadez, á veces nos sirve de estímulo la venida de algún adversario que se nos figura temible, y nos saca de ese letargo de indiferentismo y abandono que es nuestro peor enemigo. De esta suerte, cuando hace algunos meses con tanta pompa y tanto aparato se abrieron en algunas ciudades escuelas protestantes dirigidas por las llamadas *misioneras* de los Estados Unidos, se despertó un celo inusitado no sólo entre los Prelados (que por la gracia de Dios jamás han dormido), sino aun entre los fieles y en personas que no habían brillado por su actividad religiosa.

Pero he aquí que al cabo de pocas semanas fracasan esos famosos establecimientos y estallan con un ruido mayor que el que produjo su fundación. En el que más cercano tenemos, las famosas maestras se pasan al campamento católico, que pronto abandonan igualmente. Los admiradores más entusiastas del nuevo instituto retiran desengañados á sus niñas; y á las pocas que quedan parece que el buen director las dedica de preferencia á la gimnasia de funámbulos y al baile no por cierto de sociedad. Nárrase al menos que el Inspector de instrucción pública lo encontró solazándose con las piruetas poco púdicas de las educandas; y aunque este caballero no es fraile ni monje, ni brilla por su devoción (ó si queremos, fanatismo), quedó altamente escandalizado, y reveló en su indignación la repugnante escena de que ha-

bía sido testigo; escena que llegó á mis oídos apenas pisé el territorio de mi antigua diócesi.

En otra ciudad, igualmente á mi vigilancia pastoral cometida, las alegres *misioneras* convirtieron su casa de *misión* en escuela no por cierto de buenas costumbres. Llegó á tal grado el escándalo, que un visitador extraordinario vino de los Estados Unidos; y aunque nuestros vecinos heterodoxos no pecan de escrupulosos en materia de moralidad, fué preciso cubrir el honor de estos *Apóstoles con guardapiés*, desterrando primero á la una y luego á la otra del teatro de sus *evangélicas labores*, y cerrando la escuela que iba á *convertir* á México.

Me limito á referir lo que me atañe como Obispo: otros narren lo que en más lejanos lugares ha ocurrido. Ahora bien; se me antoja que al ver el *fiasco*, tan solemne como repentino, de las escuelas de propaganda heterodoxa, al conocer lo poco temible del adversario, al descubrir el ningún valer de esas maestras que la trompeta de la fama con tanto rumor anunciaba, se me antoja (digo) que otra vez se han sumergido en su antiguo sueño las familias católicas.

Lejos ó cerca el adversario, yo os exhorto á despertaros de nuevo y á vigilar continuamente. Aunque no tengamos oposición temible de parte de los heterodoxos, es menester que procuremos que la educación de la mujer sea firme, sólida, esmerada, pues de ella depende la conservación de nuestras tradiciones y nuestras costumbres. Yo exhorto, no sólo á las maestras de mi propio plantel, sino á las de todas las escuelas que de hecho ó de nombre son católicas, á redoblar su atención y su esmero. Si de la enseñanza religiosa se trata, no se conten-

ten con un aprendizaje mecánico de nuestro vulgar catecismo. Si se habla de aritmética, no consideren suficiente una ligera noción de las primeras reglas. Pongan á sus educandas al nivel de nuestras vecinas del Norte, que en esto sí son superiores á nuestras jóvenes, y saben llevar los libros de grandes casas de comercio, y se engolfan, si no en matemáticas sublimes, al menos en las altas operaciones aritméticas. Al mismo tiempo que ejercitarse en delicados recamos y artificiosos tejidos, conviene que no olviden las buenas costumbres españolas de coser, de remendar, de *hacer calceta*. Aunque ya el furor de aprender inglés pasó en derredor nuestro con la misma rapidez de relámpago con que se introdujo, en nuestras escuelas católicas, que no se deben dejar arrebatar por todo viento, no ha de cesar el constante y sistemático aprendizaje de algún idioma moderno. Sirve no sólo para pedir con mal acento un boleto de ferrocarril, ó hacerse medio entender en un almacén ó tienda de allende el Bravo, sino para mejor conocer nuestro propio idioma, para leer libros que en castellano no se han estampado, para ejercitar nuestras facultades intelectuales. No olviden que la geografía y la historia son muy útiles, y en muchos casos necesarias, á las esposas y á las madres. No todas las horas del día y de la noche se llenan con las faenas domésticas. Aun en la mesa puede ofrecerse que sus maridos, ó los convidados, empiecen á ensartar despropósitos sobre materias históricas, que sólo han tenido tiempo de ver en los disparatados periódicos que para mengua de nuestra sociedad con tanta profusión circulan. ¡Oh, cuánto aprovechará entonces á la mujer una instrucción sólida y variada!

Conviene infundir el amor al estudio á vuestras hijas y educandas; y no vaciléis, cuando de otro modo no se consiguere el objeto, en emplear una justa, aunque prudente severidad. Por de pronto puede acarrear algunas lágrimas; pero este lloro con el tiempo se convertirá en perenne sonrisa de gratitud.

Entretanto, me ha regocijado el ver que en medio de la decadencia general, nuestro Asilo infantil no sólo se ha conservado á la altura de otros tiempos, sino que ha progresado notablemente. Aunque no basta para formarse un juicio seguro y exacto una rápida visita, creo no equivocarme al afirmar que en el número y calidad de los tiernos educandos se ha elevado mucho sobre el nivel en que se hallaba el año pasado. Otro tanto digo por lo que mira á su instrucción y disciplina. Cada día me convenzo más de la excelencia de ese método de enseñanza para los niños que aun se hallan en esa edad tan tierna como inquieta. Como exige tanto trabajo, tantas fuerzas, tan infatigable constancia en la maestra, no es maravilloso que no sólo no se haya generalizado en el país, sino que casi haya caído en desuso después de la partida de las hijas de San Vicente. En efecto, fuera de este Asilo, no creo que lleguen á cuatro los que han quedado en la República. Por lo mismo es menester conservar con mayor ahinco este fuego sagrado, y no dejar que se pierdan tan útiles costumbres y tradiciones.

Os lo recomiendo, por tanto, y os recomiendo con igual empeño ambas escuelas. Ignoro cuánto tiempo dispondrá la Providencia que siga yo empuñando el doble báculo, cuyo multiplicado peso, aunque empieza á abrumarme, llevo, como veis, con buena voluntad y alegría. No

puedo, por consiguiente, calcular si el año venidero presidiré todavía esta fiesta que tanto me ha deleitado, ó si veréis en mi lugar al que haya de recoger esta porción de mi herencia. Sea como fuere, importa que el establecimiento no decaiga. Es fuerza que la constancia de las alumnas y la laboriosidad de las profesoras se mantengan siempre á esa altura que me ha arrancado más de una vez cordiales aplausos y lágrimas de reconocimiento. Es fuerza que mostremos aun en este pequeño rincón, la vitalidad y energía de la Iglesia Católica, supliendo en cuanto esté de nuestra parte la falta de las religiosas expulsadas, y probando al mundo que ningún contra-tiempo nos desanima, que ninguna adversidad nos desalienta. Es fuerza que aun aquí demos á propios y á extraños una prueba de que la Santa Sede se mostró sabia y previsora, como acostumbra, al disponer que no sufriera esta diócesis los inconvenientes de una vacante, sino que un Obispo á otro Obispo la entregara íntegra é incólume, sin permitir que padeciera el inevitable detrimento que produce un gobierno transitorio, por hábiles que sean las manos que sus riendas empuñen. Tales son mis votos, y no dudo que vuestras acciones corresponderán á mis deseos.

